

LA CASA DE 1908

Colección Micra

Giulia Alberico

La casa de 1908

Traducción de César Palma

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: «La casa del 1908», de *Madrigale*
Publicado en Italia por Sellerio, Palermo, 1999.

Copyright © Giulia Alberico, 1999
By arrangement with Walkabout Literary Agency

© de la traducción: 2018 César Palma Hunt
Revisión: Marta Hernández

© 2018 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: julio de 2018

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: Pepe Far, a partir de una imagen de
Freepik.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-948348-4-4
Depósito legal: B-16.359-2018

Printed in Spain

Me construyeron en 1908 y, mejor o peor, aparento mi edad, pero con mucha dignidad. Fui concebida unos años antes de que empezaran las obras. Eso fue al otro lado del mar.

Don Leandro albergaba el deseo de regresar a Italia desde hacía tiempo, y cada año era mayor su nostalgia de este mar que había dejado cuando todavía llevaba pantalones cortos. Recordaba muchas más cosas de las que su padre y su madre se imaginaban.

Este mar era pequeño, las olas se estrellaban contra rocas muy negras y también su olor era otro. Le parecía más áspero y además se mezclaba con el de la brea y la madera de los calafateadores que tenían sus almacenes en la misma playa. Y no ha-

bía arena. Solo piedras. Hacía un poco de daño pisarlas de camino hacia el agua.

Allá, en cambio, la playa era inmensa y blanda, la arena invitaba a carreras y volteretas. No había calafateadores.

Las embarcaciones llegaban de grandes tinglados ubicados lejos del agua. Pero este era un pueblo y aquella era una ciudad.

Recordaba ciertas moreras y el sabor de las moras, ciertos higos duros y violáceos que se llamaban higos turcos. Recordaba todo eso y muchas cosas más.

Los negocios marchaban bien, no había motivo para hacer caso a una especie de nostalgia que sugería una partida y un viaje. Nunca hablaba de esa idea, pese a que la iba fraguando en su fuero interno.

Quizá lo hacía para no detectar una sombra de pesar en los ojos de Teresa. Ella había nacido allí, en Argentina, y en su vida no cabía la menor nostalgia de otros mares.

Los recuerdos de Teresa, los olores de su tiempo pasado eran tan intensos como

los de Leandro, pero les faltaba algo que se parecía a un dolor.

Leandro contaba que me había concebido casi como un juego. Decía que de vez en cuando me imaginaba y que poco a poco terminé convirtiéndome en una serie de cálculos y esbozos y dibujos. Yo era un tema de conversación entre Leandro y Paulino Manau a ciertas horas de la noche, en el gran patio de la casa argentina.

Teresa empezó a sospechar algo, menos por las frecuentes visitas de Paulino que porque encontraba virutas de lápices afilados, hojas de cuaderno hechas una bola con notas incomprensibles y números. Los veía a los dos inclinados sobre grandes hojas que luego Paulino enrollaba y se llevaba.

Una mañana, en cuanto bajó a la tienda le preguntó a Leandro:

—¿De qué habláis Paulino y tú? ¿Tenéis un secreto?

En ese momento Leandro no quiso darle una respuesta clara y sensata, pero por la noche, en la cama, le habló a Teresa de la ilusión que yo le hacía, de regresar al otro mar. Se lo contó a la defensiva, dando casi a entender que él mismo juzgaba que aquella idea era casi una locura.

Teresa no respondió.

Supo, desde aquella noche, que dejarían Argentina. Comprendió también que habría podido oponerse de muchas maneras y todas válidas, pero no quiso hacerlo. Lo amaba y tuvo la certeza de que con los años Leandro se afianzaría en aquella idea y ya no la abandonaría jamás.

Prefirió sobrellevar ella la nostalgia. La aceptaba como el nacimiento de una obsesión para Leandro y de un remordimiento para ella.

Tengo el aspecto sólido de las casas de principios de siglo, un portal robusto, una hilera de ventanas en la primera planta

y tres balcones en la segunda. La escalera es de piedra. Un lado de las habitaciones da al mar y otro da al jardín.

Ahora que durante largos meses permanezco cerrada, mi olor más fuerte, el que me distingue, es el olor a humedad: a lo que huelen la madera, las paredes, los sótanos.

Cuando en mi interior se vivía con asiduidad tenía muchos olores distintos, que cambiaban con las estaciones.

En pleno invierno el mar crecido parecía que entraba en las habitaciones, y no solo con el ruido de la resaca o de las olas que, altísimas, azotaban las rocas, sino con su aroma amargo a sal y a algas.

Y estaba además el del carbón en los braseros y el de los leños que ardían en la chimenea. Olor a fuego y a agua.

Cuando llegaba la primavera se imponían los olores de la tierra: llegaban de los grandes canastos repletos de tomates y melocotones, de la albahaca y los pimien-

tos asados, de las mermeladas de uva y de guindas.

En las plantas altas, olor a sábanas de lino, recién lavadas, leves esencias de cedrón y de mugete, olor a habitaciones en penumbra, a cera de abeja, a muebles lustrados.

Con Anna Maria y Marcella entraron en mi interior los olores de las cremas solares y de los aceites de baño, de algunas colonias especiadas.

La tienda, tanto en invierno como en verano, ha olido a cuerda y a papel de envolver, a betún para los zapatos y a tinta.

Durante la última guerra he olido a jabón casero, a café de cebada y a mantas militares.

Esto es un pueblo. Grande, pero no deja de ser un pueblo. Da al mar y está rodeado de campos fértiles, repletos de olivares y viñedos. La tierra parece bendecida por el cielo porque produce en abun-

dancia, y entre la tierra y el mar la gente siempre ha tenido de qué vivir y nunca ha padecido miseria.

Es un pueblo antiguo que ha estado sometido a muchos amos. En el habla quedan huellas de todos los pueblos que han dominado este lugar o que al menos han comerciado con él: griegos, árabes, franceses, españoles...

He sido la casa más hermosa del pueblo durante muchos años.

Quizá es por eso por lo que no me resigno a que me vendan. Pero no puede ser solo por eso: quien me compre ya tendrá pensadas las reformas y acabaré recuperando el esplendor de antaño.

¿Cuál es el problema, entonces? Lo cierto es que no soporto la idea de que me habiten extraños.

Soy el fruto del sueño de Leandro y de los esbozos y los cálculos de Paulino Manau, ocasioné la melancolía de Teresa,

aunque después me quiso, he conocido a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, y acabar ahora en manos de desconocidos me resulta intolerable.

Quienes me concibieron y crearon y después me habitaron ya han muerto y tampoco queda ninguno de sus hijos.

Por todo lo que he visto y oído, sé que pasará lo que tenga que pasar. Qué remedio. Si la necesidad quiere que me vendan, así será.

Pero intentaré, hasta donde una casa sea capaz de hacer algo —sin palabras, sin gestos, sin rostro—, intentaré seguir siendo de su propiedad.

Veré qué pasa. Ayer llegó Marcella.

Desde hace muchos años ella es quien me habita durante más tiempo. Llega entre finales de junio y principios de julio y se marcha cuando los días son decididamente más cortos. Vuelve algunos fines de semana de otoño y luego en Navidad.

Tenía dieciocho años cuando me conocí y enseguida le gusté, pese a que había algo en mí que la inquietaba.

Un aspecto cerrado, abandonado. Las bombillas demasiado tenues, cierto toque espartano en la decoración.

Ni la menor concesión al color, al detalle que fuese solo agradable a la vista. Ni un cuadro o un grabado en las paredes. Tampoco una flor en los floreros que, sin embargo, se llenaban de polvo en el salón, sobre las mesillas y la cómoda, ni una planta.

La conquistó el jardín, y eso que ya estaba muy lejos de merecer ese nombre.

En los planes de Leandro y de Paulino Manau tendría que haber recordado el patio de la casa argentina y reducido la nostalgia de Teresa. Y así fue proyectado y mantenido.

Pero con la muerte de Teresa, y la de Leandro muchos años más tarde, sobre todo con la guerra, nadie volvió a pensar en cuidarlo conforme al plan de consuelo para el que había sido concebido.